

Reflexiones sobre la experiencia de la visita al Museo de Historia y Antropología de Tenerife de La Laguna

Artículo de opinión

Por Aicha Brahim R'gueyeg

Graduada en filología y literatura española por la facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Nuakchot, Mauritania. Actualmente cursa el máster de Uso y Gestión del Patrimonio de la facultad de BB. AA. de la ULL, cuyo periodo de prácticas se ha desarrollado en el Museo de Historia y Antropología de Tenerife.

El Museo de Historia y Antropología de Tenerife de La Laguna se presenta como un espacio de encuentro con el pasado, donde los visitantes pueden adentrarse en la evolución histórica, social y cultural de Tenerife. Desde el momento en que se cruza el umbral del museo, se percibe una atmósfera de conexión con el tiempo, donde los objetos expuestos no solo cuentan historias individuales, sino que forman parte de un relato más amplio sobre la identidad y la memoria colectiva. En esta reflexión, abordaré mi experiencia como visitante en este museo, centrándome en tres aspectos clave: la cartografía histórica, la conservación del patrimonio y los oficios tradicionales.

Uno de los primeros elementos que captó mi atención fue el mapa antiguo de la ciudad de San Cristóbal de La Laguna, enmarcado y exhibido en una de las salas. Este documento gráfico, más allá de su valor estético, constituye una fuente de información crucial sobre la evolución urbanística y los espacios emblemáticos de la ciudad. La riqueza de detalles, desde la disposición de las calles hasta la representación de edificios históricos, permite comprender la importancia estratégica y social de La Laguna en su época.

Este mapa refleja la meticulosa planificación de la ciudad, basada en un modelo renacentista de «ciudad ideal», lo que la convierte en un referente urbanístico único en Canarias. Como visitante, no solo observo un dibujo antiguo, sino un testimonio de cómo los habitantes de la época concebían y organizaban su entorno. La inclusión de anotaciones y dibujos de edificios religiosos y civiles en los márgenes del mapa resalta la relevancia de estos espacios en la vida cotidiana de la ciudad.

Otro aspecto que llamó mi atención fue una vitrina que exhibe herramientas y materiales empleados en la restauración y conservación del patrimonio. Esta parte del museo ofrece una perspectiva diferente, no solo mostrando objetos antiguos, sino también el trabajo técnico y científico detrás de su preservación.

Pinceles, frascos con pigmentos, mascarillas de protección y cuadernos de anotaciones componen este espacio que nos recuerda que la conservación del patrimonio no es una tarea sencilla. Es un proceso meticuloso que requiere conocimientos interdisciplinarios, desde la química hasta la historia del arte. Como visitante, esta sección del museo me hace reflexionar sobre la fragilidad de los objetos históricos y la importancia de los esfuerzos por garantizar su permanencia para futuras generaciones.

Al observar esta exposición me surge la pregunta: ¿cuánto de lo que vemos en los museos ha sido intervenido para llegar hasta nosotros en las condiciones actuales? La restauración no solo busca devolver estabilidad física a los objetos, sino también preservar su valor simbólico y su capacidad para transmitir significados a lo largo del tiempo.

Una de las salas más fascinantes es la dedicada a los oficios tradicionales, donde se presentan herramientas, materiales y productos elaborados por artesanos de distintas épocas. En particular, la exposición de instrumentos utilizados en la fabricación de calzado resulta especialmente evocadora. Hormas de madera, clavos, tintes y cuero conforman una escena que nos transporta a los antiguos talleres de zapateros, donde la destreza manual y el conocimiento de los materiales eran esenciales.

Este tipo de exposiciones nos hace valorar el trabajo de generaciones de artesanos cuyos conocimientos fueron transmitidos de manera oral y práctica. En la actualidad, muchas de estas técnicas están en riesgo de desaparecer debido a la industrialización y la producción en masa. Como visitante, me pregunto qué podemos hacer para que estos oficios no queden relegados al olvido, sino que sigan formando parte de nuestra identidad cultural.

Visitar el Museo de Historia y Antropología de La Laguna no solo me ha permitido conocer más sobre el pasado de Tenerife, sino también reflexionar sobre la importancia de la conservación, la memoria y la transmisión del conocimiento. Cada objeto expuesto no es solo una pieza del pasado, sino una puerta a historias que siguen resonando en el presente.

La cartografía histórica nos muestra la evolución de la ciudad y su planificación urbana; la conservación del patrimonio nos recuerda el esfuerzo necesario para preservar la historia material, y los oficios tradicionales nos conectan con las manos y la creatividad

de quienes dieron forma a su tiempo. Como visitante, esta experiencia me deja con una mayor conciencia sobre la relevancia de los museos en la educación y en la construcción de una identidad cultural compartida.